

lia real, que se sirva ordenar y disponer que la causa que declara infames á los ojos del universo á tantos leales súbditos de vuestra magestad, sea examinada de nuevo. Estos, señora, se lamentan al verse acusados de haber cometido crímenes y atentados que aun los bárbaros se horrorizarían de imaginar, y que el entendimiento humano apenas puede concebir; se lamentan al verse todos condenados sin haber sido citados ni oídos, y sin que se les haya permitido alegar razon alguna en su propia defensa. Cuantos han salido de las prisiones para sufrir el destierro, se encuentran todos de acuerdo sobre este punto, y atestiguan unánimemente que durante todo el tiempo de su arresto, no han visto el rostro de ningun juez ó al ménos que tuviese tal carácter.

“El suplicante, por su parte, que ha desempeñado por espacio de muchos años un puesto donde ha podido adquirir un conocimiento inmediato de los negocios, está pronto á atestiguar, en la forma mas solemne, la inocencia de todo el cuerpo y de los gefes de la asistencia. El suplicante, en union de todos los desterrados, se ofrecen de comun acuerdo á sufrir penas aun mucho mas rigurosas que las que han sufrido hasta el presente, siempre que uno solo de los individuos en cuestion llegue jamas á ser convencido de haber cometido el menor crimen contra el estado.

“Ademas, la inocencia del suplicante se encuentra evidenciada por el resultado de tantos procesos, que con todo rigor han sido instruidos contra él, contra sus hermanos, y contra el gefe del instituto. Pio VI, que gloriosamente reina, ha visto los originales de los procesos susodichos; vuestra magestad encontrará en tan gran pontífice, un testigo de excepcion, y toda la tierra no podría producir otro mas íntegro; y hallará al mismo tiempo un juez á quien no puede suponerse capaz de cometer una iniquidad, sin hacerse culpable de una impiedad sin ejemplo.

“Dignese, pues, vuestra magestad usar de la clemencia que le es tan natural como debido el trono que ocupa; dando oídos á los ruegos de tantos desgraciados, cuya inocencia está probada, pues que, en lo mas fuerte de su infortunio jamas han cesado de ser súbditos fieles de vuestra magestad, y cuyos padecimientos, por grandes que sean, jamas han podido alterar ni disminuir por un solo instante el amor que desde su infancia han conservado hácia su augusta y real familia.”

Ya hemos visto á los Jesuitas, despues de su supresion, honrar al sacerdocio con sus virtudes. Hélos aquí á su vez honrados con las dignidades eclesiásticas. Su instituto fué proscripto como corruptor de la moral, y como perjudicial á la religion y á la seguridad de los estados. Mas apenas quedaron estos sacerdotes libres del yugo que sobre sí llevaron con tanto amor y que dejaron con tanto pesar, despues de haber sido tachados como sospechosos por

la filosofía, por los parlamentos, por los reyes y por la Santa Sede, cuando la Iglesia y los príncipes católicos se apresuraron á escoger de entre ellos los obispos que debían alimentar al pueblo con el pan de la palabra divina. Jamas se desmintieron tan pronta y solemnemente acusaciones tan graves; jamas se trató de mostrar ménos respeto al juicio exterior pronunciado por la iniquidad. En el espacio solo de veinticinco años, desde el 1775 al 1800, se ofrecieron á los padres del instituto un gran número de sillas apostólicas. Como hizo el P. Damian Allain, nombrado obispo de Tournay por Bonaparte, obraron otros muchos Jesuitas, renunciando esa suprema dignidad, con la esperanza de ver reconstituida la Sociedad de Jesus, mientras que algunos aceptaron los cargos que se encomendaron á su celo apostólico. Francisco Benincasa fué designado para la mitra de Carpi; Juan Benislawski, obispo de Gadara, tuvo ademas la coadjutoria del arzobispado de Mohilow; John Carrol fué electo por el clero, obispo de la república inglesa en América; y tuvo á Leonardo Neale por coadjutor en Baltimore; Carlos Palma fué sufragáneo del arzobispado de Colocza en Hungría; Alejandro Alessandretti fué promovido á la silla de Macerata; Antonio Smidt, nombre célebre entre los doctores del derecho canónico, se vió escogido para sufragáneo de Spira; Estanislao Naruszewicz ocupó el obispado de Smolensk; Sigismundo de Hohenwart, la silla metropolitana de la capital de Austria; Domingo Manciforte aceptó el obispado de Jaenza; José Grimaldi, el de Pignerol y despues el de Ivree; Alfonso Marsili fué designado por Pio VI para el arzobispado de Sienna; Andres Avogadro para el obispado de Verona, donde consoló en su destierro á Luis XVIII, nieto de Luis XV. El mismo honor episcopal disfrutó Felipe Ganucci en Cortona; Pablo Maggioli, en Albenga; Butler, en Limerick; Keren, en Neustadt; Gerónimo Durazzo, en Forli; Julio César Pallavicini, en Sareza; Gerónimo Pavési, en Pontereino; Miguel Sailer, en Ratisbona; y mas adelante, bajo el reinado de Napoleon, Imberties, en Autun. El padre du Gad, antiguo misionero francés y prisionero de Pomhal, fué nombrado en 1777 procurador general de las misiones francesas en la China y en las Indias.

Para los Jesuitas, proscriptos en corporacion y venerados como individuos, la dignidad episcopal no fué sino pesada carga, cuya responsabilidad muchos no quisieron aceptar. Los unos, como los padres Engelberto Belasi y Carlos Viel, confesores del duque y de la duquesa de Baviera, se quedaron al lado de los príncipes que les habían escogido por sus directores; mientras que otros se contentaron con funciones mas modestas. Fueron arrojados de la Compañia, su patria adoptiva; y las ciudades de Italia, tan poco propensas á conocer el derecho de ciudadanía á

los extranjeros, le otorgaron con gusto á estos proscriptos recibiendoles en su seno. Los Jesuitas fueron llamados á desempeñar todos los empleos; y se los encontró en todas partes, aun en los Estados-Generales y en la asamblea constituyente, donde tuvieron su asiento los padres Delfau, Leisségues de Rozaven, San Estéban y Allain.

Los que no obtuvieron los honores del episcopado, se les vió ocupados, por sus proscriptores, en el gran mundo ó en los trabajos literarios ó científicos de la época. Estos habian tenido por maestros ó por modelos á los padres Manuel de Acebedo y Cristóbal Maire, uno y otro estimados de Benedicto XIV por sus profundos conocimientos en liturgia y en matemáticas; pero la ciencia no les fué tan fatal como al padre Ignacio Szentmartyonig. En 1750 el rey de Portugal pidió al general de la Compañía dos geómetras hábiles para que fijasen los límites de las posesiones portuguesas y españolas en la América meridional. Fueron para esto designados el Jesuita Hungaro y el padre Haller. Szentmartyonig se dirigió á aquellos puntos con el título de astrónomo y geómetra del rey. Este prometió una remuneracion digna á sus trabajos, á los que el Jesuita consagró diez años de su vida en servicio del rey de Portugal. En 1760 desembarcó en Lisboa, y al punto fué arrestado y encerrado en una prision, en la que le retuvo Pombal hasta el dia en que la muerte libró al reino fidelisimo de la impericia del soberano y de la crueldad de su ministro.

Los Jesuitas habian aprendido en el instituto los diversos ramos de la ciencia, y despues, como ántes de la supresion, los aplicaron con el mejor éxito. Aquí la corte de Viena enviaba al padre Walcher á reconocer el lago Rofnerlise, y, reparando aquel sus diques, preservaba á los terrenos inmediatos de los desastres de la inundacion. María Teresa, en recompensa de sus servicios, le nombró director de la navegacion y de las ciencias matemáticas. Allí el padre Cabral contenia, por medio de un ingenioso sistema, la caída del Velino, que tantas veces arruinó la ciudad de Terni; y cuando pasado algun tiempo se permitió al Jesuita regresar á su patria, fué pagado con diez y ocho años de destierro su nuevo beneficio de encerrar el Tajo en su cauce, librando con esto las campiñas de los desbordamientos de ese rio. Juan Antonio Lecchi reparó los caminos militares del Mantuano; Vicente Riccati preservó á Venecia de los estragos de la inundacion, arreglando el curso del Pó, del Adige y del Brenta; Leonardo Jimenez, en Roma y Toscana, prestó iguales servicios, nivelando los caminos y estableciendo un nuevo sistema de puentes. El padre Zeplichal, en 1774, de orden de Federico II de Prusia, aplicaba sus conocimientos de mineralogia, para encontrar los metales que ocultaba el condado de Glatz.

Pero sobre todo, la enseñanza científica y literaria fué la que movió á los pontífices, á los reyes y á los pueblos, á poner en juego la aptitud de los Jesuitas. Los padres José Zios, Bernardo Zarzoza, Andres Galan, Francisco Villalobos, Ignacio Julian, Pedro Cadon, Santiago Basili, Vicente Rossi, José Pons, Francisco de Sandoval y Pedro Segeres, fueron puestos al frente de los seminarios de Tivoli, de Segni, de Anagui, de Gubio, de Verula, de Centi, de Velletri, de Seti, de Sinigaglia, de Cità del Castello y de Ferentino. Los obispos hicieron por sí estos nombramientos; y Pio VI los imitó confiando el Seminario de Subiaco, que él habia fundado, al padre Alejandro Cerasola. En Roma se creó una academia eclesiástica, cuyo establecimiento, atendiendo á la clase de estudios que en él se hacen, y á que es un semillero de obispos, nuncios, cardenales, legados y papas, contiene en su seno todo el porvenir de la Iglesia Romana. Pio VI nombró director de esta casa al padre Antonio Zaccaria. La principal mision del Jesuita consistió en formar nuncios apostólicos (1); y así fué el maestro de los que se mandaron para instruir los pueblos y discutir con los reyes. Despues de Zaccaria, el padre José Sozzi, otro Jesuita, desempeñó igual cargo.

En Francia se destruyó á los Jesuitas para privarles de la educacion de la juventud, y Federico II, el rey filósofo, no ocultó sus pensamientos respecto al porvenir, cuando, con fecha 22 de Abril de 1769, escribia á D' Alembert (2): "Con el tiempo, le decia, se resentirá la Francia de la expulsion de este Orden, y la educacion de la juventud será la que mas padezca en los primeros años; lo cual es tanto mas perjudicial, cuanto que vuestra literatura se encuentra en decadencia, pues de cien obras que se dan al público, apenas se ve una tolerable." Chateaubriand ha visto por sí mismo lo que Federico el Grande no pudo mas que presentir, y así dice (3): "La Europa sabia ha sufrido una irreparable pérdida con la extincion de los Jesuitas. La educacion jamas se ha levantado despues de la caída de aquellos." En otra obra el mismo escritor se expresa en estos términos (4): "Los Jesuitas se sostuvieron y perfeccionaron hasta su último momento. La destruccion de este

se destruyeron como los reyes de este mundo. Este es el motivo de esto.

(1) En sus *Mémoires historiques sur les affaires de l'Allemagne, pendant sa nunciature*, pág. 9, el cardenal Pacca refiere que el soberano pontífice, despues de haberle declarado que le escogía para esa mision tan importante como difícil, añade: "Desde este momento debeis dirigir todos vuestros estudios hácia las ciencias sagradas y aprender del abate Zaccaria, fuente inagotable de erudicion, quien os enseñará los conocimientos eclesiásticos de que teneis necesidad para salir airoso de vuestra nunciatura."

(2) *Ouvres philosophiques de D' Alembert*, t. XVIII.

(3) *Génie du Cristianisme*, t. IV, p. 300.

(4) *Mélanges du vicomte de Chateaubriand*.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

Orden ha causado un mal irreparable á la educacion y á las letras. Hoy día todos convienen en ello."

Al terminarse la revolucion, cuando todas las imaginaciones y todos los recuerdos se reflejaban aun en los espectáculos de desmoralizacion, á los que se habia convidado al pueblo, cuando á cada paso recelaba el pié hollar un suelo ensangrentado, ó involuntariamente se volvia la cabeza por no ver el sitio que ocupó un cadalso, aun era permitida la emision de semejantes opiniones. Pero ahora, cuando el principio revolucionario ha pasado á ser costumbre de una parte de la nacion, que le ha aceptado como la sancion de su herencia paterna ó de su materialismo industrial, estas opiniones se verian ahogadas por los clamores universitarios, que, en aquellos tiempos, se oian desde muy largo. Si la Francia, los parlamentos y los enciclopedistas reputaron como útil vedar á los Jesuitas la educacion de la juventud, otros pueblos, la Alemania sobre todos, y aun algunos estados protestantes, no consintieron en este suicidio literario, que presintió Federico II y que Chateaubriand ha hecho constar. Cuando el rey de Prusia dirigia aquellas líneas proféticas á D' Alembert, el colegio de Luis el Grande se encontraba en decadencia; mientras que los Jesuitas hacian brillar en otros puntos el poder de su sistema de educacion. Un viagero, Rossignol de Vallouise, visitó, en 1767, el colegio Teresiano de Viena, cuya direccion corria á cargo de los padres, y despues de haberle proclamado como la primera escuela del mundo, continúa (1):

"Se veia en esta casa reunida la flor de la nobleza de todos los estados de la casa de Austria, alemanes, húngaros, italianos y flamencos. Allí se cultivaban con el mayor esmero y con gran éxito, las ciencias, las letras y las bellas artes. La historia natural era la que estaba en mayor auge. Se reunian colecciones, y se enseñaba á dibujar y colorear al natural las producciones de la naturaleza. Matemáticas, física, música, baile, esgrima, geografía é historia, nada se perdonaba para formar á esta noble juventud en toda la extension de sus deberes. Una treintena de discipulos se dedicaban á la jurisprudencia, y estaban separados de los restantes como los mas avanzados. La filosofía se tomará el trabajo de adivinar el motivo de esto. Estos jóvenes confesaban y comulgaban, por lo regular una vez al mes, y no era costumbre hacerlo mas á menudo. Se les montaba bajo un tono que pudiesen conservar hasta el fin de su educacion y su entrada en el gran mundo. Pero lo que mas particularmente interesará á nuestros franceses, es la amenidad, política y urbanidad que reinaba entre esta juventud; cualidades cuyo paralelo

(1) Carta á M. Noel, editor de la *Geografía* de Guthrie, p. 16 (Turin, 1805).

es difícil encontrar en establecimientos de esa especie. Al presentarse un extranjero, podia contar ser allí recibido con la mayor cordialidad, como si entrase en un pais conocido, sin mas requisito que proveerse de un intérprete. En esta casa se hablaban todas las lenguas, con igual soltura, y sin que este estudio prevaleciese y estorbase las demas ocupaciones literarias, y hé aqui el método: Un día de la semana todos los colegiales estaban precisados á hablar aleman, otro día latin, otro italiano, y así sucesivamente, designando dos para el idioma frances. . . . Pero mi admiracion no fué tanta respecto á esto, como por lo que voy á decir. En la comida encontré en el asiento de mi lado al joven conde Bathiani, húngaro, y de edad de once años, el cual sostuvo conmigo largas conversaciones, y le oí hablar latin con la rapidez y precision de un antiguo profesor de filosofía. Cuando hablaba frances, hubiérais dicho que habia sido educado á las orillas del Loire, en Blois ó en Orleans. Principalmente en la mesa fué donde tuvo una conversacion mayor. No habia lectura durante la comida, con el fin de que los jóvenes aprovecharan ese rato para formarse en las lenguas y en las maneras de una buena sociedad. Con este designio se les hacia comer en mesas redondas ú ovaladas, que admitian doce cubiertos, ocho pensionistas y cuatro Jesuitas, repartidos simétricamente, y que no les perdian ni un momento de vista. Cada uno á su vez servia los platos, viéndose obligado á hacerlo con la limpieza y decencia convenientes. Esta última cualidad era la que reinaba en todos sus actos y en toda su conducta, en tal grado, que á pesar de haber permanecido en medio de todos ellos por largo tiempo, jamas oí, ni una sola vez, la menor palabra ó concepto que faltase al respeto que se debia á la religion, á la pureza de costumbres y á los mutuos miramientos y consideraciones que exige la sociedad."

Se ensalzaba en Viena la educacion que los restos de la Compañía propagaban por el sistema de Loyola. En Beslau, uno de los discipulos del padre Kähler, Augusto Theiner, que llegó á ser un escritor distinguido, ofrece á su antiguo maestro un homenaje tan justo como tierno: "Debo, dice Theiner (1), la educacion de mi juventud á ese Kähler tan conocido de todos los habitantes de Silesia, y que ha tenido la gloria de ser el primero que introdujo en esa provincia el estudio de las lenguas orientales. Kähler ha hecho en Silesia servicios á la instruccion pública, reconocidos igualmente por los católicos y los protestantes. Segun el conocimiento que al presente he adquirido de lo que son los Jesuitas, puedo certificar que Kähler es digno de su Orden ilustre. Muchas veces tuve un placer cuando le oia, con la mayor inge-

(1) *Histoire des Institutions d'education ecclesiastique*, t. 1.º intr., p. 31.

nuidad, manifestar su deseo de morir, si fuese posible, con el traje de su instituto."

María Teresa había sufrido la dura ley de las necesidades de posición, al dar su asentimiento á la extincion de la Compañía de Jesus; pero no permitió que sus individuos abandonasen los colegios. En Baviera el P. Benschab fué nombrado rector del de Munich. El padre José Mangold llenó igual cargo en el de Augsbourg. Estaba dirigido por cuarenta Jesuitas, entre cuyos profesores se citaban con orgullo á Francisco Neumayr, Aloyz Merz y José Stark: los dos primeros célebres predicadores y controversistas, y el último gran erudito que tradujo al alemán las mejores obras francesas. Despues de la supresion de la Orden, el elector de Colonia nombró á Juan Carrich superior del colegio de las Tres-Coronas y rector de su Universidad. El príncipe Carlos Teodoro, elector-palatino, dejó su colegio de Manheim á disposicion de los padres, en el cual vivió y murió, desterrado de la Francia, el padre Desbillons.

La misma reaccion se veia por otras partes en favor de los Jesuitas. Juan de Ossuna es buscado para la dirección del colegio de los Sabinos; Antonio Pinazo, para inspeccionar los estudios en Milan; Juan de Dios Nekrepp presidia en Viena la academia imperial de lenguas orientales, y Juan Molnar la Universidad de Buda. El elector de Maguncia convida á los Jesuitas á que vayan á enseñar á sus estados: garantizándoles rentas vitalicias y otras muchas ventajas. Quedan permanentes en Ratisbona y en Lieja, donde el P. Hawart educó á los jóvenes ingleses en la sólida piedad y la literatura. En Prato, Panizzoni, profesor de matemáticas, se retiró de su puesto al aparecer el breve de Clemente XIV. Los discípulos se fueron con él, y no volvieron hasta que Leopoldo, gran duque de Toscana, reinstaló al maestro. Las cátedras de las ciencias sublimes fueron casi exclusivo patrimonio de los Jesuitas. Pablo Mako, Estévan Scænwisner, Bautista Horwath, Francisco Luino y Antonio Lecche, fueron designados por María Teresa, unos como á asesores y otros como maestros de numismática, antigüedades, arquitectura militar, é hidráulica. La universidad de Ferrara nombró á Antonio Villa profesor de elocuencia y de antigüedades griegas y latinas. El gran duque Leopoldo encargó á Leonardo Jimenez que extendiese por Toscana la enseñanza de la física y geometría. Oráculo de las academias de Paris, de Sierna, de Bolonia y de Petersburgo, creó el observatorio de Florencia; mientras que por el mismo tiempo Eckel ordenaba el museo numismático de aquella ciudad, Joaquin Pla enseñaba en Bolonia la lengua caldea, y la academia de Mantua coronaba la disertacion sobre la mecánica sublime del P. Antonio Ludena.

Roger Boscovich estaba libre por último. Todas las Universidades y Academias de Europa se disputan el sábio Jesuita; pero este no consintió jamás en separarse de su madre la Sociedad de Loyola. Cuando Clemente XIV hubo pronunacido la sentencia de muerte del instituto, Boscovich se rindió al voto de Luis XVI, quien le invitaba, por una carta autógrafa, "á retirarse á sus estados, para entregarse á las meditaciones sublimes, y para satisfacer su ansiedad por el progreso de la ciencia." La Francia desterraba á los Jesuitas franceses; y su rey más justo, abria su capital á los Jesuitas extrangeros. Luis XVI le nombró director de óptica para la marina, con una pensión de 8000 libras tornesas. Pero, bien fuese por ódio al padre, ora por algun sentimiento de envidia respecto del sábio, Boscovich fué objeto de las intrigas de D' Alembert (1) y de Condorcet. El Jesuita no estaba habituado á esas pasiones que absorven el talento y se agitan por la emulacion, y abandonando la Francia, marchó á buscar algun reposo á Milan. Este reposo llegó á ser un nuevo motivo de gloria para él y para sus hermanos.

Mientras que Boscovich atrae por sus trabajos la atencion del mundo sábio, otro Jesuita, en la extremidad de la Europa, es aplaudido por sus tareas astronómicas. En 1673 Poczobut descubrió la constelacion del toro real de Poniatowski. El fué quien restauró el observatorio de Vilna. El compañero fiel de los trabajos de Poczobut, es otro Jesuita; el matemático Andres Strecki. Maximiliano Hell, sábio profundo en las ciencias exactas, es llamado á Ward'hus, en Laponia, á invitacion de Cristian VII rey de Dinamarca. El autor de las *Efemerides astronómicas* tenia que estudiar sobre este punto el paso de Vénus. Esta es una de las observaciones que han producido los resultados mas satisfactorios (2).

(1) Se ha negado que D' Alembert hubiese suscitado disgustos á Boscovich. Hé aquí una nota de Lalande, que transcribe Montucla en su *Histoire des mathématiques*, tom. IV, pág. 288, en la que se dice: "El P. Boscovich, que habia dado sobre esta especie de equilibrios sabias é ingeniosas explicaciones en 1755, fué atacado por D' Alembert (*Opusc.*, 1761, t. I, pág. 246). Este filósofo no amaba á los Jesuitas, porque habian criticado su *Enciclopedia* en el *Journal de Trevoux*; y ha perseguido al P. Boscovich toda su vida. Mas éste probó completamente, que D' Alembert se habia equivocado, en una nota inserta, en 1770, en la traduccion de su obra sobre la medida de la tierra (*Voyage astronomique et géographique*, pág. 449). El P. Boscovich no sabia tanto de cálculo integral como D' Alembert, pero tenia tanto ó mas talento que aquel."

(2) Lalande rogó á diferentes astrónomos que le enviasen sus observaciones, para que él pudiese calcularlas, compararlas y deducir de ellas la distancia del sol á la tierra. Hell no mandó las suyas á Paris; las publicó en Alemania, y su resultado fué mas decisivo y mas exacto que el del astrónomo francés. Lalande se vengó en el *Journal des Savants* de 1770; Hell contestó. Pero, cuando la muerte trajo consigo el dia de la verdad y de los elogios, Lalande hizo

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

El número de Jesuitas que, como Boscovich, Poczobut y Hell, daba honor á la Compañía en la época de la supresion, es verdaderamente extraordinario. En Roma, son los Padres Asclépi y Veiga; en Viena, al lado del Padre Hell, el astrónomo y matemático imperial, los PP. Pilgram, Mayr, Sainovicz; en Francia y en Italia, Carboni de Sassari, Rivoire, Béraud, Rossi, Monteiro, Troili, Mourin, Luneau de Boisgermain, Mourgués, Duparc Paulian, Vautrin y Gainella, sus hermanos en el instituto, y sus colaboradores ó émulos en la ciencia. El P. Liesganig, cuyo genio admiró Lalande, se retiró á Lemberg. Nada le llamó hácia la tierra desde que fueron rotos los lazos que le unian á la Sociedad de Jesus. Liesganig, el autor de una *Medida para varios grados del meridiano*, pareció olvidar sus trabajos por la oracion. Weis en Tírnau, Mayr y Tirneberger en Gratz no abandonaron el campo de batalla astronómico. Otros muchos añadieron el valor de la ciencia al de la resignacion. "Habia, dice Montucla (1), pocos grandes colegios de la Sociedad, ya fuese en Alemania, ya en los países limítrofes donde la astronomía no tuviese un observatorio como los de Ingolstad en Baviera, de Gratz en Stiria, de Breslau y Olmutz en Silesia, de Praga en Bohemia, de Posen en Lituania, etc. Muchos de estos observatorios sufrieron la suerte de la Sociedad; sin embargo, algunos sobrevivieron á la ruina de aquélla, como el de Praga. Este observatorio, concluido en 1749, fué dirigido durante gran número de años por el Padre Stepling, hábil geómetra y astrónomo, á quien la Universidad de Praga debe principalmente la introduccion de las ciencias exactas en su seno."

Cristian Mayer en Manheim, Esprit Pezenas en Marsella, Reggio, de Cesaris y Oriani en Milán, Lecchi en Viena, Scheffer en Ausburgo, fueron estimados por los pueblos y apreciados de sus reyes. Francisco Schrank llegó á ser el naturalista de Alemania, el émulo de Buffon y amigo de Daubenton. El hermano coadjutor, Miguel Zabala, desterrado en Roma, se entregó al estudio de la medicina para ofrecer á los pobres como él los estudios de su arte. Muy pronto fué nombrado primer médico del hospital real de San-

(1) *Histoire des mathematiques*, t. VI, pág. 344.

tiago. El Padre Javier de Borgo, ascéta, orador é ingeniero, prosiguió su triple carrera en el mundo, mientras que el Padre Eckel, el numismático del siglo XVIII, publicaba su *Ciencia de las medallas*, y que Roqueno se adelantaba al abate Chappe en la invencion de los signos telegráficos. Lo que emprendian los unos para glorificar á Dios en las ciencias humanas, lo secundaban otros en los estudios sagrados, en la historia, en la filosofia y en la literatura. El P. Bautista Faure fué su maestro. Erudito consumado, dialéctico tan brillante como vigoroso, habia pasado su vida entre las luchas del pensamiento. La ciudad y el senado de Viterbo le erigieron una estatua y un sepulcro. El P. Lazeri, hábil lingüista y teólogo profundo, fué, bajo diferentes reinados, consultor del *Index* y corrector de libros orientales. Clemente XIV le conservó en los mismos empleos que antes tenia, y aun despues de extinguir los Jesuitas se suplicó á Lazeri que no renunciase las funciones de examinador de los obispos. Al subir al trono ese mismo Ganganelli, encontró al Padre Angeri condecorado con el título de teólogo del papa, el cual retuvo despues de destruida la Compañía de Jesus. A la muerte de Angeri, Pio VI no quiso ser menos que su predecesor. Los Jesuitas sufrían una muerte eclesiástica, y á pesar de eso, lo mismo los pontífices que los obispos del catolicismo, les tenían cerca de sus personas, para recibir sus consejos.

Jacinto Stopini, Vicente Bolgeni, José Marinovich, Vicente Giorgi, Alfonso Muzarelli, fueron sucesivamente llamados al cargo de teólogos de la Santa Sede; y desde la supresion hasta el restablecimiento de la Compañía desempeñaron aquel puesto. Muzarelli seguia á Pio VII arrancado del Quirinal por una escolta de gendarmes; otro Jesuita, Faustino Arévalo, fué instalado como teólogo del papa, en el centro del catolicismo, por el cardenal di Pietro su representante. El P. Marotti fué secretario de cartas latinas, y Acquasciati, consultor de ritos. Cada obispo eligió por guia á un Padre del instituto. Diego Fuensalida tuvo esa representacion en Imola, cerca del cardenal Chiaramonte, Berti en Reggio, Novaes en Siena, Ocampo en Forli y en Comachio, Javier Perotés en Ancona, Antonio Masdeu en Ravéna, Cominelli en Padua, Bellini en Vicenza, Ercé en Ferrara, Perez de Valdivio en Fano, Franciosi en Savona, Cattani en Cesena. En cada diócesis llegaron á ser los directores del prelado, los exáminadores sinodales y los casuistas mas experimentados. El Padre Benito Statler, teólogo y filósofo, fué el consejero eclesiástico del elector de Baviera; combatió el Kantismo y publicó su *Ethica cristiana*. Tomás Holzklau junto con los Padres Kilber, Neubaer, y Munier compusieron la *Teología de Wurzburg*. Edmond Voit, Burcauser, Wirwick, Para du Phanjas, Spagni, Kilian, Guénard é Iturriaga, ilustraron con sus escritos las cuestiones mas difíciles y oscuras, y fueron los herederos